

## Cinco síndromes muuuuy raros, cinco\*

Nelson Verástegui\*\*

### La mano de Claudio

Cuando preguntó al médico lo que le pasaba, la respuesta fue: «Usted sufre del síndrome de la mano extranjera. Es seguramente una desconexión pasajera de los hemisferios cerebrales. No creo que dure mucho ni que sea un caso grave». Claudio se tranquilizó, a pesar de que era su mano izquierda la que lo contrariaba. A veces, sin poder controlarla, le desabotonaba la camisa que la mano derecha acababa de abotonar o se ponía a escribir cosas raras sin motivo aparente en idiomas que él desconocía o acariciaba la mano de sus amigos impulsivamente. Al cabo de unas semanas comenzó a perder el control de todo el brazo izquierdo, después fue el pie izquierdo y la pierna también. Era difícil ir directo caminando a cualquier lugar, pues una pierna tomaba una dirección y la otra iba hacia otro lado. La gente, en la calle, pensaba que estaba bailando un chachachá o una rumba cubana. Creyó que era su imaginación o el cansancio o el estrés y se convenció de que con voluntad lograría volver a tomar las riendas de sus miembros. Lamentablemente para él, en pocas semanas solo le quedaba el control del tronco y la cabeza. Cuando dejó de sentir su corazón y en su lugar empezó a latir el mío, empecé a enamorarme, independientemente de los sentimientos de Claudio, pude escribir los poemas de amor que antes había esbozado torpemente con su mano izquierda, ahora mía. Un calor subía poco a poco por mi nuevo cuerpo hacia la cabeza. El día que empecé a tomar el control de su lengua y pude hablar con mi voz de soprano y pude decir que mi nombre era Claudia, sentí que él se estaba arrinconando y pertrechando en un escondrijo de su cerebro que pronto también sería mío. En menos de un año, su cerebro sucumbió a mis ataques y ya solo le quedaba una capa primitiva de su corteza cerebral con la presencia y los sentimientos masculinos del antiguo Claudio que una vez habitó mi nuevo cuerpo. Detuve mi lucha y lo dejé acorralado como una vaga reminiscencia del pasado. Ahora para ser completamente feliz solo me falta que la operación de cambio de sexo que me van a efectuar esta semana termine la transformación que siempre he querido.

### Los pasos de Stendhal

El trabajo de *call girl* de lujo en Florencia, Italia, me gustaba. Yo era muy exigente; solo trabajaba con agencias refinadas que no me iban a conseguir clientes abusivos y sin suficiente dinero para mis caprichos. Era bonita, cultivada y políglota. En el fondo de mí, esperaba encontrar de ese modo el príncipe azul millonario que siempre había soñado.

Llevaba como tres años trabajando así cuando apareció Vincenzo, un hombre maduro, muy apuesto y extraño que vino en viaje de negocios y turismo a la ciudad toscana. Venía

del sur, de un pueblo cercano a Nápoles. Tenía como mínimo veinte años más que yo y mucha plata en el banco. Cuando lo vi, algo me dijo que era diferente y sería mío. Su cabello negro liso, sus ojos grises, su sonrisa blanca y su traje impecable me conquistaron a primera vista. Creí que era correspondida, mas para no desilusionarme me dije que no había prisa, que era mejor dejar pasar el fin de semana al ritmo previsto y que el destino decidiría.

Claro que lo primero que hice fue llevarlo a pasear por el Ponte Vecchio para que me comprara, como todos mis clientes, unas joyas de oro. Le encantaban los museos; en eso estuvimos todo el resto del día. El Palazzo Medici-Riccardi, la Casa Buonarrotti y por supuesto la Galería Uffizi, que es uno de los museos más famosos de Italia y del mundo. Contiene obras maestras de artistas italianos y extranjeros del siglo decimotercero y decimotercero, tales como Cimabue, Masaccio, Giotto, Beato Angélico, Leonardo da Vinci, Botticelli, Miguel Ángel, Piero della Francesca (mi preferido), Rafael, Caravaggio, como también Rubens, Rembrandt, Durero y Goya, entre otros.

Ahí fue donde empecé a notar una cierta emoción en mi corazón, tomada del brazo de Vincenzo. Le iba explicando las principales obras y él sudaba y se secaba la frente con un pañuelo. Parecía cansado. Me dijo que sentía vértigo y palpitaciones en el corazón, pero que no me preocupara, que le iba a pasar. Decía cosas raras. Cuando vimos el *Nacimiento de Venus* de Botticelli dijo que la cara de la diosa era igual a la mía, y luego me vio de nuevo en varios cuadros. Cuando llegamos a la sala donde estaba la *Venus de Urbino* del Tiziano, se puso muy pálido y me pidió sentarse. Me dijo que le leyerá y le explicará de quién era ese cuadro. Estaba yo leyendo el año 1538 de su creación cuando mi amigo se desmayó y desgonzó como un bulto de papa. Apenas tuve tiempo de evitar que se golpeará la cabeza contra el suelo.

La ambulancia llegó rápido. En el hospital el médico trató de calmarme explicando que era el típico síndrome de Stendhal y que cientos de turistas lo padecían en esa ciudad. Al cabo de una o dos horas de espera me dejaron entrar a su cuarto. Estaba mejor. Me contó que no había tal síndrome, que lo que pasaba era que había reconocido el cuadro que le habían vendido por millones recientemente, que se dio cuenta entonces de que el que tenía en casa era un falso, que menos mal tenía una fortuna suficientemente grande para pagarse cuadros muy caros, que eso le pasaba por no seguir los consejos de sus expertos en arte, que estaba enamorado de mí, que me pedía que me casara con él, que me fuera a vivir a Nápoles, que yo sería su experta en arte, que me parecía a las mujeres de esos cuadros que a él tanto le gustaban y que

\* Publicados el 2 de junio de 2009 en el blog del autor: <<http://nv-impresiones.blogspot.com/>>.

\*\* Ingeniero informático especializado en tratamiento automático de lenguas naturales, funcionario internacional y escritor, Ginebra (Suiza).  
Dirección para correspondencia: [NV--impresiones@orange.fr](mailto:NV--impresiones@orange.fr).

no tenía derecho a rechazarlo. Desde entonces ya no trabajo más de *call girl*, vivo en este palacete napolitano junto a mi Vincenzo, que me pinta desnuda todo el tiempo. No es buen pintor, pero no importa. Mientras nos queramos y no nos dé más el síndrome de Stendhal, todo está bien.

### Poeta involuntario

Doctor otorrino, hágame el favor, estoy casi loco, muerto de pavor. Desde hace algún tiempo solo puedo hablar si me expreso en verso o voy a cantar. La gente se ríe, me dicen así: «No seas tan pesado, deja de rimar. Tú no eres un vate, date cuenta ya. Cierra pronto el pico o vete a remar». A mí no me importa. Unos tontos son. Usted sí es un as, que de esto sí sabe y me va a curar, que hace mil milagros, que habla hasta en inglés, que sin más amagos, como una lorita, pronto hablaré.

El galo lo mira de cabeza a pies, le examina el pulso, la boca, el oído y la misma tez. No dice ni pio, diga treinta y tres, una ecografía, el estetoscopio lo ausculta al revés.

Sea muy paciente, sufro como usted, de la misma rima del síndrome aquel. Disfonía espasmódica me ataca años ha. Recite poemas, cante sin parar, diga trabalenguas, hasta desmayar, que nuestras faringes son tan perezosas que si no le exigés son poco virtuosas. Unas inyecciones le tengo que dar para que las cuerdas vuelvan a sonar. Son como guitarras destempladas ya. Si no tiene cura, venga usted aquí, que con mis pacientes me divierto yo hablando entre dientes como quien cantó. Damos espectáculos, concursos bucólicos, la toxina botúlica nos calienta bien.

El pobre fulano muy quedo allá va, con cabeza baja, mascullando ya. Si este no me cura, loco he de morir, pues de tanta rima me voy a podrir.

### Monólogo de la criada Nicereta

¿A qué horas llegará Terencio? Estoy que no me aguanto pa' contarle lo que le dio a madama Alienore de Monmorency. Es que me tiene tirria. Desde que llegué a su casa hace tres años, no me deja tranquila. Se burla de mi francés, como si yo fuera estudiada como ella. También y todo. Me muerdo los labios pa' no contestarle, pero a veces no me puedo aguantar y me pongo a rezongar bajito en español pa' que no m'entienda. ¡Pero la madama vivió en Bogotá y sabe más de la cuenta! Comu'era funcionaria de la embajada y la moza de no sé qué ministro, se las daba de mucho. Le tocó venirse de allá para evitar escándalos cuando se supo de sus relaciones y la esposa del ministro se enfureció de celos. Fu'ella la que me convenció de venirme pu'aquí a París p'acompañarla. Claro. Cuando me dijo en pesos los euros que m'iba a pagá, me dije: «¡Pa' mañana es tarde! Los juimos, madama». Me puso en clases de francés allá en l'Alianza pero noooooooo, eso era muuuuy complicado. Aquí sí aprendí mucho más fácil. El que sí se ocupó más de mí ju'el chofer, Terencio, que también se lu'había trajido de allá. Mi Terencio es de Socorro y yo de Chiquinquirá. No, mijita. De poquitos me fui aprendiendo muchas cosas que pa' eso una no es tonta. ¡Qué va! Ya sé qué es la pubela, la poste, la baguete, digo sivuplé, güi madama, güi musiú, como no. Ya monto en metro y no

me pierdo. No señó. Eso nu'es tan difícil. Qué va. Pero claro la madama no hace sino burlarse de mí: «Que usted es muy brrrrrutá, mijá. ¡Oh, la, la! Así no se dicé. ¡Puuuuuffff! Cuandó aprrrrrrenderá usted a hablarrrrr cómo se debé. ¡Cenepaposib! Me da vergüenzá que le habló así a mis amigos los La Tour d'Auverñ, los Rochechuar». Y patatín y patatán. La cantaleta y lo cansoooooona que se pone. ¡No! Y yo aguante que aguante y sonrisitas pu'aquí y pu'allá y ¡Sumercé sí que es güena con nosotros, madama Alienore!, pues lo que quiero es ahorrar pa' irme con mi Terencio pa'l pueblo pa' vivir la buena vida y bailar con Los Carrangueros todo el día y tomar polas con mis primas y vivir junto a los viejos antes de que se mueran. ¡Ja, ja, ja! Pero Dios sí es muuuuy grande. ¡Ave María purísima! Sin darse cuenta empezó a imitar mi acento. Se le pegó de tanto oírme y criticarme. Me reía al comienzo creyendo que s'estaba burlando de mí, la muy mugre. El misiú Robert sí s'extrañó muuuchó. Le decía: «Macherrrrí, no imite más a la Nicereta. No se burle más d'ella. Silteplé». Yo feliz que la regañara a su manera. ¿Pa' qué se metía conmigo la hijuemíchica? ¿Ah? ¡También y to'!, ¿no? Pero el castigo de Dios si es muy grande. ¡Qué dicha! La llevaron a exámenes médicos y le descubrieron una enfermedadá muuuuuuy rara. Sí, señor.

¿Cuándo llegará Terencio pa' contarle? ¡Caramba! Nada menos que l'encontraron una cosa rara que llaman síndrome o síndrome o sin no sé que del acento extranjero. ¡Qué cosa taaaan rara! Dizqu'eso es una lesión del centro de la palabra. ¿Qué será el centro de la palabra? Hay palabras largas y palabras cortas. ¿Será como un centro comercial? Que su cabeza no respeta la velocidad de locución y se le lengua la traba. Eso es como un trabalenguas en el cerebro. ¡Eso le pasa por burlarse de una! ¿No? Es que sí es el colmo, madama. Bueno, espero que no sea grave y que se mejore pronto, ca'mem. Seguro que ya no va'burlarse más de mí. ¿Será contagioso? ¿Y si a mi me diera lo mismo? ¡Qué susto! ¿Será como la gripa mejicana? ¡Qué tal que a mi se me pegue su acento francés y aprend'hablar con la nariz respingá y el de'o meñique p'arriba como cuando toma su té a las cuatro o me pong'hablar inglés como cuando se encuentra con su comadre inglesa la Misis Smith y ahí sí no les entiendo na' de na'? ¡Ja, ja, ja! Es que cuando Terencio llegue no se lo va a creer. No se lo va a creer. No se lo va a creer. ¡No, no y no!

### Jerusalén y sus jerosolimitanos

«Señor Vargas, como usted sabe, estamos en el hospital Yechilov de Tel Aviv, a unos 60 km de Jerusalén. Me alegra mucho que se encuentre usted mejor y podamos darlo de alta hoy mismo. Todos los exámenes son normales y ya usted se encuentra perfectamente bien. Ya sabe lo que le aconsejamos hacer, ¿no?», le dijo el doctor Ben Jacob. Vargas lo miraba con mucha atención tratando de asociar mentalmente lo que le contaba de su caso y lo que le quedaba medio borroso en la memoria. Supo que lo habían encontrado en la ciudad vieja de Jerusalén diciendo que era descendiente de Judas Iscariote, que su misión era salvar al mundo de la destrucción, que había un complot internacional de sectas milenarias que querían lanzar una bomba atómica sobre el muro de lamentaciones,

que se presentaba como un enviado de Dios, que tenían que ayudarlo y pronunciaba todo un discurso extraño, oscuro y alarmante. Al final la policía lo trajo a ese hospital especializado donde lo tuvieron interno durante varias semanas tratando de descubrir por un lado quién era realmente y por otro si estaba loco o no.

Vargas se acordaba como en un sueño o pesadilla de lo que había pasado. Recordaba haber salido de viaje por el Medio Oriente con un grupo de turistas mexicanos. Habían visitado Siria, el Líbano, Jordania y parte de Israel. El viaje debía continuar y terminar en Egipto. Vargas era un comerciante que se había hecho solo, sin estudios, de una familia humilde. Un trabajador incasable que logró volverse rico en el espacio de treinta años de sacrificio y labor.

«Doctor, eso me parece increíble, pues soy el hombre más ateo y racionalista del mundo. Todos esos cuentos de dioses, paraísos, pecados, misterios y sumisión me parece un invento del ser humano. Será muy bueno para dominar a los ignorantes y mantenerlos tranquilos, pero a mí no me hacen comer esas fábulas. ¿Cómo me pudo haber pasado eso a mí? Mis recuerdos de esos días de delirio son muy borrosos. Sin embargo, no me queda una sensación dolorosa o de terror.

Fueron unos días de desprendimiento y olvido involuntario. Nunca me imaginé que me fuera a pasar. Menos mal que estoy viajando solo, pues soy soltero. Pensaba viajar con un viejo amigo que al final no pudo liberarse de su trabajo. Me vine en ese grupo donde no conocía a nadie. ¡Qué locura!, explicó Vargas.

El médico trató de tranquilizarlo diciendo que lo que le había sucedido era un síndrome muy antiguo que afectaba relativamente a muchos turistas en la Ciudad Santa, más de mil por década. Para algunos era fatal, pues nunca salían de su chifladura; para otros las cosas volvían a lo normal alejándose de la ciudad y siguiendo un tratamiento como el que le habían dado. Le aconsejó insistentemente que regresara de inmediato a México o que fuera a unirse al grupo que ya estaba en Egipto, pero que no se le ocurriera regresar a Jerusalén.

Vargas quedó muy agradecido por el tratamiento que le dieron. Pagó la cuenta gracias al seguro de viaje que consiguió siguiendo los consejos de la agencia de viajes y muy feliz salió a tomar un taxi. Se subió, miró por última vez el edificio del centro hospitalario donde lo habían curado y le dijo en inglés al chofer: «Por favor, lléveme a la ciudad vieja de Jerusalén».

